

ba desde antiguo, pero en mi libro no he logrado más que girar en torno a él, sin aprehenderlo, ni mucho menos agotarlo. No se debería escribir sobre las obsesiones: hay algo de impuro en el hecho de escribir, algo de profanador. Por decirlo con la jerga moderna, escribir supone una **desacralización** de la obsesión. Deberíamos ser capaces del silencio...».

En la sala 8 del Collège de France, Michel Foucault mantiene todos los miércoles un curso sobre «El poder psiquiátrico». Asiste el mismo público, más o menos, que a las clases de Deleuze, pero el clima es mucho más serio y académico que en Vincennes. Sin embargo, se trata de una academia consentida, elegida: la subversión universitaria no consiste en no escuchar a nadie, sino en no escuchar más que a quien merece ser escuchado. Foucault habla del poder: distingue entre poder de soberanía, que es el que tiene un Rey sobre sus súbditos, por ejemplo, y poder disciplinario, que es el propio de una institución religiosa, escolar o psiquiátrica. El poder de soberanía está basado en la guerra, es un pacto establecido de una vez por todas, y constituye una pirámide de base indiferenciada y cumbre individualizada en la persona del Rey. El poder disciplinario, que nace en las órdenes religiosas, está basado en el castigo, no como definitivo poder de ejecución capital del soberano, sino pequeño y constante; el súbdito es siempre visible, está permanentemente bajo el control de una mirada, que le prueba sin cesar; la escritura es base necesaria del poder disciplinario, que debe anotar todo precisamente por la exigencia de visibilidad antes mencionada; de este modo, dada la cercanía del súbdito y quien le observa desde arriba, la reacción punitiva ante cada infracción es inmediata; es una pirámide de cima indeterminada y que se individualiza en su base, dando lugar a individuos que siempre tienen alguien sobre ellos. El poder disciplinario es el específicamente propio de la época contemporánea; su creación inmediata es la excepción, el otro: así, la escuela disciplinada crea el débil mental. Pero la creación básica del poder disciplinario es el individuo jurídico, al que se obliga a coincidir con una unidad somática para hacerle sujeto de la ley. La invención de la individualidad es una medida destinada en primer término a facilitar la sanción por la infracción de la norma, por lo que cualquier liberación de las normas pasa por una simultánea abolición del individuo. A la salida de la clase de Foucault venden «CAP», periódico de los presos franceses, por cuya unidad y mejoras de todo tipo tanto ha trabajado el filósofo de «Les mots y les choses». Es un periódico crítico, revolucionario, en el que se da cuenta de los suicidios

habidos cada mes en las cárceles de Francia o se denuncia la situación que llevó a la revuelta en la cárcel de Melun. En su cabecera, estas palabras: «Las cadenas de los presos son las mismas que las de todos los hombres sin poder sobre su vida: son solamente más visibles. Los detenidos, frente a las tentativas del poder para aislarlos en sus luchas, necesitan el apoyo de todos los rebeldes. Su cólera es la nuestra».

Alberto y yo vamos a ver a Pierre Klossowski para conocerle y hablar con él de un par de asuntos editoriales. Vive en la rue Glacière, en un barrio moderno y desangelado, de apartamentos modestos. Su casa es más bien desnuda, poblada de vagos muebles antiguos. Nos saluda un gato de mirada hechicera; por todas partes, impalpable, presente, la sombra de Roberta. Pienso que mientras haya Patrick Whites sueltos, el Nobel nunca recaerá en renovadores del lenguaje como Klossowski; ni falta que hace, por otra parte. Klossowski es nervioso, muy amable y habla de un modo entre titubeante y ceremonioso. Se le ve bastante desinteresado de los asuntos editoriales. Nos dice que ha dejado de escribir hace un par de años y que se ha dedicado plenamente a la pintura; nos enseña algunas muestras admirables de los dibujos en color que expone actualmente en la plaza d'Espagne, en Roma. Hablamos de la situación de la filosofía en España y en Francia; nos cuenta su disputa con los ortodoxos de «Tel Quel», que consideraron su «Nietzsche» como poco dialéctico y nada materialista. Habla de irse a vivir a Italia, porque ve en ese país cierta continuidad con la tradición, mientras que Francia es ya el puro desarraigo. Pienso que para mí lo quisiera, con todos sus males. Le explicamos las dificultades existentes para la publicación de sus novelas en España: apenas concibe ciertos puritanismos de censura que considerarían sus novelas inaceptablemente eróticas. «¡Lástima —dice—, porque «Le Baphomet» está escrita con una visión de la religión muy próxima a la española». En fin...

Más tarde, con Víctor y Alberto, tomo un «Chirouble» con aroma a frambuesa en un pequeño y delicioso bar de l'île de Saint-Louis. Pueden degustarse en él vinos excelentes por menos de franco y medio. La clientela no son duques ni tecnócratas, sino camioneros, tenderos o empleados que salen del trabajo y gustan de tomar una copa de buen vino antes de irse a casa: jno hace falta ser de sangre real para apreciar el buen vino! Y en París tampoco para conseguirlo.

Vino, filosofía...: lucha del espíritu que se niega a ser distinto del cuerpo, del cuerpo que no se ve a sí mismo con otra cosa que espíritu, por afirmarse en un mismo goce que es riqueza presente y puede llegar a ser libertad. ■ F. S.

